

Alfonso Castrillón Vizcarra

Instituto de Investigaciones Museológicas y Artísticas / Universidad Ricardo Palma

ccastrillon@urp.edu.pe

**Majluf, N. y Lerner, S. (Ed.) (2016).**  
**Emilio Rodríguez Larraín.** Lima: MALI.

El Museo de Arte de Lima (MALI) ha agregado a su exitosa colección un libro dedicado a la obra de Emilio Rodríguez Larraín, fallecido este año. Los artículos introductorios están firmados por Sharon Lerner, Natalia Majluf y Dorota Biczal, historiadoras que aportan miradas y pareceres que ayudan a comprender el arte del artista peruano. Tarea ardua, si se tiene en cuenta el quehacer multifacético de R.L., su proceso evolutivo y su ironía que se esmeraba en poner en duda la credibilidad en su propio arte.

“Aunque pertenece al imaginario de los artistas modernos que buscaban revolucionar la escena artística local a mediados del siglo XX, –dice Lerner– la trayectoria de Rodríguez Larraín no tiene paralelo en la escena local”. Y es cierto, en nuestro medio no tuvo paralelo, pero dentro del “grupo de exportación” que conformaban Szyszlo, Piqueras, Eielson y Roca Rey, invitados a las bienales y otras exposiciones internacionales, el más cercano es Piqueras por su carácter inquieto de experimentador autodidacta.

Las imágenes del libro ayudan a comprender el proceso creativo de R.L. y el momento de quiebre en que asume el conceptualismo que lo lleva a alejarse de la abstracción para experimentar con el “azar y la casualidad”. Amigo de Duchamp, algo le quedó de la ironía, el juego absurdo y el a-arte del francés. La “actitud irreverente, anti-solemne y el corrosivo sentido del humor” de R.L., han contribuido a crear el mito del *enfant terrible*.

Abierto a las nuevas ideas –dice Majluf– se permitió “proponer un arte distinto, en un momento en que otros artistas de su generación quedaban irremediamente atrapados en los discursos que el modernismo había fijado a inicios del siglo XX”. Quiero pensar que este “arte distinto” es fruto de su constante estado de experimentación, esa curiosa movilidad tentando nuevas propuestas y huyendo del estilo. (Estar en todas partes y en ninguna.) Me temo que allí donde se quiere ver grandes logros no encuentro más que un gran desconcierto, luego de haber sido tocado por el conceptualismo de Duchamp, como si después de él todo hubiera estado dicho y no valiera la pena perder la vida haciendo cuadros, esculturas y exposiciones. Dorota Biczal termina diciendo: “Rodríguez Larraín pertenece más a nuestra contemporaneidad contingente que a los paradigmas culturales y geográficos de la Guerra Fría”.

